Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 7

San José, Costa Rica 1926 Lunes 15 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



Con Romain Rolland

Su paisaje familiar

Se forma en torno del lago Leman un collar de pueblecitos, de esos breves y luminosos pueblos suizos que espejean sobre la montaña como la nieve misma. Cuando los recuerdo, la imagen que me viene es muy doméstica y risueña: la cofia blanca de la camarera. Grandes o pequeños hacen eso con su amontonamiento blanco: la cofia de la mujer suiza, que tal vez sea la más inmaculada cofia de Europa...

Elegimos uno de esos pueblos: Montreux y vivimos ocho dias junto a la dulzura del Leman, esa gran mirada bondadosa del agua europea. Viene el invierno, y el azul se hace verde y gris; el lago es de una pureza melancólica, y a veces yo pongo mis ojos con más complacencia en la montaña, que parece el gran espaldar de los pueblos. Está cubierta de un bosque en el que hace el otoño veteaduras violentas de rojo y azafranado. Un buen día subimos la montaña por esos senderos suizos tan perfectos como... una sentencia del jurado nacional. Subimos sin jadeo, y avanzamos insensiblemente dejando atrás Montreux. Ahora hay otro pueblo, Villeneuve, debajo de nosotros. Si descendemos rectamente, vamos a parar a una casita que queda como aplastada bajo la construcción monumental de un hotel. Miramos hacia abajo, riéndonos de la aventura. Nada me dice esa especie de campánula de madera, que estoy mirando; nada de lo que llaman intuición se mueve dentro de mí. Y sin embargo, bajo ese techo puntiagudo alienta uno de los pocos hombres de este mundo en quien yo creo. Es, sencillamente, la casa de Romain Rolland.

Como no sé nada, deshacemos el sendero y bajamos hacia Montreux.

El rostro de cristal

Unos días después va a visitarme una señora norteamericana, admirable mujer nacida en el país de los contrastes que es Estados Unidos, una mitad cuáquera, mitad gandhiana. Ella está empeñada en conseguir de mí una cosa difícil y para recompensarme generosamente el bien que me pide, llega a ofrecerme otro tan grande, que la balanza no sólo se inclina, cae de golpe. Lo que me ofrece es una visita a Romain Rolland. Al día siguiente llega un telegrama breve y afectuoso de él y de su hermana, en el cual invita a mis compañeras de México y a mí a tomar el té en su compañía.

Romain Rolland es el hombre que escribió aquella que podríamos llamar la novela del alma que se abre al misterio de la belleza del mundo, o sea la larga fábula del *Jean Cristophe.* No es la novela del niño músico, es también la novela del niño poeta, del niño pintor, del niño escultor. El deslumbramiento de la infancia, la crisis de la adolescencia, la hervidura de la juventud, no han sido nunca cogidos dentro de un libro como en esa que podría también llamarse «Historia del alma maravillosa del hombre». Vienen después, no en orden cronológico, sino de calidades, las *Vidas Ilustres,* que son a veces trasvasadura a la Historia del mismo Juan Cristóbal. El ha regalado a los hombres, en las cuatro vidas publicadas, el Tolstoi, o sea el hombre nuevo moscovita, en el que se abre la conciencia social; el Miguel Angel, que pelea como Prometeo con la insuficiencia de la carne; el Gandhi, que abre en la fetidez del materialismo de nuestro tiempo el vaso de aromas, de la santidad.

Ya algunas de estas biografías se enderezan de lleno a los temas sociales. Romain Rolland no se quedará en la insinuación de los temas; lo hemos visto cuando vino la guerra, realizar a sus héroes, desesperado, escribiendo contra la locura de Europa. Acusado alguna vez, hasta vejado, él camina hacia el peñón puro de Suiza que parece en la marejada empinarse más para quedar limpio. El asilo de cuatro años se le ha vuelto patria de adopción. Hoy es Romain Rolland una parte de la conciencia del mundo, de eso que suele parecer mito y que no lo es. Se han refugiado en él las virtudes perseguidas o hechas pedazos de la Humanidad: una equidad casi sobrenatural, la piedad hacia la muchedumbre desposeída de todas las tierras, y el idealismo que quiere seguir presidiendo, con otro rostro y otros nombres, la civilización.

Una vida pura, un destino heroico obedeciendo con sencillez total: eso es para la América el hombre del lago de Leman.

Yo había pensado, caminando por la montaña, en esa atmosfera pura que duplica las excelencias en el ser humano y suaviza el agraz de la mala sangre. ¿Se puede vivir aquí algún tiempo sin que sobrevenga sobre nosotros un suceso espiritual, uno de esos que voltean la vida como un fruto hacia el lado más luminoso? Yo tuve el acontecimiento.

El pequeño ferrocarril nos deja en un paradero que pudiera llamarse de *Romain Rolland,* una subida entre árboles: luego se camina dentro del jardín del hotel Byron; se mira, rápidamente, la gran construcción que importaría en cualquiera otra parte, y

llegamos a la puerta de la pequeña casa. Casi no es una puerta, no cierra nada.

Viene caminando hacia nosotros un hombre un poco jibado, con un abrigo echado a los hombros con descuido. La primera impresión, que desaparecerá luego completamente, es la de un anciano; el rostro en el primer encuentro es frío.

Entramos a una salita absolutamente modesta. Deja a un lado su abrigo y queda delante de nosotros un caballero rigurosamente vestido de negro, con el chaleco alzado de Unamuno, ese chaleco que en el español han llamado sacerdotal. Alto, muy delgado, con algo en toda la figura que no llamaremos elegancia, para no darle superficialidad, sino nobleza. Yo me acuerdo de una expresión que todos citan al hablar de Florencia: el *suave austero florentino*. Eso mismo hay en el continente de Romain Rolland. Se sienta a mi lado y a mí no se me ocurre nada qué decirle. ¿Qué somos para él dos maestras y una niña hispano-americanas, que vienen de pueblos desdeñados, que él no conoce, a decirle lo que sabe demasiado: que también su norma alcanza a las gentes de la América y que el *Juan Cristóbal* tiene hermanos de piel morena en el Anáhuac y en la América del Sur?

Por otra parte, yo me encontraba con un semblante enteramente nuevo, y tengo con él, para un largo momento. La profesora Palma Guillén abre la conversación, miemtras yo recibo como en un saboreo las líneas del rostro.

La mirada del ojo es una aguja de cristal o una de esas pequeñas lanzas que el hielo dejaba en mi ventana de la Patagonia hasta el medio día. Muy azul el ojo, más noruego o alemán que francés, un ojo del norte, sin instinto y sin malicia. La piel, sonrosada, de esa claridad de la lámpara de alabastro, y aquí la metáfora está desposeída de exageración, piel de niño o de santo. Circula una sangre preciosa bajo esta piel. Los cabellos, que en el primer momento parecen blancos, son solamente muy dorados, y agrandan más la frente espaciosa. Unicamente la ceja es dura, por lo saliente, y el bigote tiene algo de la ceja. El labio, muy delgado. En dos materiales podría un escultor hacer esta cabeza suave y firme: en marfil, o en cristal.

Lo que dice de América

El ha empezado a hablar de México. De Chile, no sabe nada. Le oímos asombradas, lo que va contando del movimiento social mexicano, y su conocimiento perfecto de la reforma educacional de Vasconcelos. No le interrumpimos, ni afianzamos su elogio del amigo, con el nuestro, por gozar, palabra a palabra, su juicio.

Romain Rolland, en los últimos años, ha vuelto su cara al Oriente, ya sea por cansancio del espectáculo occidental, ya sea porque, pulsando el mundo, ha sentido que el ritmo espiritual más ardiente viene de la India y el Japón. México entra en su pasión por el Oriente: como Valle Inclán, que ha desiberizado enteramente a esta nación, él no se equivoca. Va hablando de la civilización indo-americana sagazmente; de los tejidos, de la cerámica, de la arquitectura. Nos conmovemos pensando, mientras escuchamos, en la búsqueda que de nosotros ha hecho a tamaña distancia y en el amor humano que significan las lecturas largas que ha emprendido para alcanzar el panorama de una civilización tan opuesta a la de Europa.

Sale del comentario de la raza aborigen y entra en el de las leyes sociales del Presidenle Obregón. Pregunta datos de la cuestión agraria; vuelve a la obra de Vasconcelos.

—Digan ustedes que en cualquier momento en que eso sea necesario, yo estaré con México en Europa, para hacer su defensa entre los que, por ignorancia, lo desestiman.

»Después de mi libro sobre Gandhi, yo he visto que es un medio eficaz para revelar a los países desconocidos o calumniados, escribir la vida de sus varones mejores. Desearía escribir la de Vasconcelos; ustedes pueden enviarme los datos que me faltan; ya he reunido algunos. Es preciso, hasta forma parte del decoro europeo, que se haga aquí un conocimiento verdadero de lo que México realiza en la legislación social y en educación, por América y, por lo tanto, por el mundo».

Ha entrado a la sala su hermana. Muy diferente de él, con esa manera de diferenciación que hay dentro de una familia, y que suele revelar la actitud protectora de la Naturaleza. La hermana es una mujer fuerte, un tipo un poco italiano. Se siente a través de toda su conversación a la defensora, a la que hace la guarda de esta vida siete veces preciosa para los hombres. La energía de los rasgos fisonómicos está en el acento y hasta en el caminar. Acaso sea, como suele ocurrir en algunas hermanas, la sombra prolongada de una madre fuerte y veladora.

Pasamos al comedor, donde yo soy absolutamente descortés con una escritora francesa que Romain Rolland me presenta como crítico de mucho valer. Y es que por sobre los críticos están y estarán siempre los creadores, y cuando nos hallamos entre dos ejemplares de este género, nos quedamos sin remedio con el creador. Pensaba yo que acaso no volvería a ver nunca al hombre de las *Vidas heroicas*, y multiplicaba mis sentidos para ser digna, siquiera por la atención, de aquella hora.

La conversación del comedor fué política. Yo no sé lo que he comido, y no recuerdo ningún detalle de la mesa, preparada por la hermana tutelar...

Le pido un juicio sobre el *fascismo*. No le concede gravedad. «Es—dice—un estallido sano, que tiene explosiones de vitalidad».

Dice de España, a donde yo no llego todavía, una opinión hermosa.

—España no se halla en el período de decadencia de que se habla torpemente; está entera, como guardada en cristal. Ha sido siempre un pueblo dinámico que sólo se ha movido para la acción en grande.

Romain Rolland visitó hace años a España y habla con entusiasmo de la música popular, que, a su juicio, revela riqueza de espíritu en la masa.

Después inicia una larga conversación que cubre todo el tiempo del té, sobre la situación política del mundo. Aunque no se le riza el semblante, vamos sintiendo que esta es la ansiedad más viva de Romain Rolland. Ningún hombre me ha parecido nunca más *atento al mundo* que éste. Desde su peña suiza, siente el jadeo de violencia que ha dejado la guerra en Europa: hace más y más agudo su ojo de buho blanco para comprender lo que ocurre en el Oriente, y desde el Oriente a los inquietantes Estados Unidos.

Yo le he preguntado antes sobre su actitud hacia Rusia. El no está con el bolchevismo, pero se guarda mucho de dar un juicio global, adverso al trabajo social de Rusia. Cuenta que ha recibido dos veces invitación para visitar la Confederación Soviética, y que ha rehusado. Elogia la labor de la esposa de Lenin en la educación popular. Le interrogamos:

—¿Piensa usted que perdurará la Confederación de los soviets?

—Pienso—dice—que muchas cosas que ha hecho el Soviet no pueden desaparecer del mundo: caerán otras.

Yo observo la discreción extrema que tiene al opinar sobre el caso ruso, discreción que no hay que sospechar de miedosa, en el hombre que durante la guerra la jugó y lo perdió todo para decir la verdad de sus entrañas. Esta mesura le viene de su probidad extraordinaria: no ha visto Rusia y prefiere esperar.

Le manifiesto que estoy de acuerdo, en una buena parte, con las leyes económicas, pero que me repugnan la tiranía nueva que con el Soviet ha llegado al mundo, y el materialismo odioso que es la atmósfera dentro de la cual se está creando lo que se llama la nueva *cultura eslava*. Cuando él me oye mi confesión de catolicismo, me mira un momento en silencio, y después me dice con su misma dulzura de antes:

—Yo no creo.

Se vuelve a hacer otro silencio.

Reanuda su conversación política. Ahora se vuelve hacia mis compañeras mexicanas y les dice: «Lo que yo veo venir, cubriendo el horizonte, es el conflicto del Oriente con los Estados Unidos. Creo que México será despedazado en este choque. y quién sabe si lo será la América Española, casi entera, con México».

Ahora dice Romain Rolland las palabras más profundas sobre la América que yo haya oído nunca:

Sería—va diciendo lentamente—*una desgracia enorme que los pueblos de ustedes desaparecieran antes de haber mostrado al mundo lo que son, antes de haber dicho el mensaje que esas razas trajeron a la tierra. Es de una urgencia angustiosa que la América hable pronto, en todos los órdenes del pensamiento y de la actividad.*

Aun cuando deja caer palabras supremas

como las anteriores, el tono de Romain Rolland está exento de énfasis. Y sin embargo, lo que nos ha dicho, quedará entre ese puñado de palabras que nos sacudirán por muchos años.

Se extiende largamente sobre el conflicto de todo el Oriente con Estados Unidos y dice de este país.

—Estados Unidos es en mucha parte culpable de lo que pasa en Rusia. Extremó hasta tal punto el capitalismo, que de la exasperación de los pueblos ha nacido esa otra concepción extrema de la vida económica que es el bolchevismo.

La conversación en el comedor ha sido tan enjundiosa, y para mí tan nueva, que yo siento un poco la fatiga de haber seguido al escritor en campos que desconozco. Su sensibilidad vigilante acaso se ha dado cuenta, porque nos invita a pasar a los altos de la pequeña casa donde tiene, dentro de su mismo dormitorio, un cuarto de trabajo. Esta es la sala donde Romain Rolland se conoce mejor y si no la hubiésemos visto, nos iríamos sabiendo poco de este hombre *que trabaja con toda la época, bajo la apariencia de trabajar con la novela y la biografía.*

El trabajador

Una estancia mediana, con 2 o 3 grandes balcones hacia la montaña ticianesca de otoño, que ya mencioné y hacia esa gran fuente líquida del lago Leman. Recibe, el hombre enfermo del pecho, que ha devorado su propia carne con un exceso de trabajo, una oleada constante de aire vegetal. La montaña sostiene sus fuerzas como una madre.

Una mesa llena de carpetas, que va mostrándonos. ¡Qué minucioso ordenador del trabajo complejo! Coge un gran legajo y nos dice:—Estos son documentos sobre México. Yo sonrío, conmovida, cuando veo los folletos de la Secretaría de Educación, los artículos sobre la Escuela Francisco I. Madero, las fotografías familiares. Esta es una verdadera presencia de nosotros dentro de su vida, y nunca le agradeceremos lo bastante una solicitud tan profunda. Va mostrando las otras carpetas, la de la India, que contuvo los originales del *Gandhi* y que sigue recogiendo datos para libros futuros. Empezó la defensa de aquella raza humillada y no la abandona.

—Aquí tienen ustedes una de las fisonomías más extraordinarias que hayan podido ver.

Y nos alarga el retrato de Mahatma Gandhi, el mismo que aparece en la *Joven India,* pero que la litografía ha maltratado mucho. Es verdad, estos ojos no los hace la carne occidental. Todo el rostro lacerante de pura fuerza espiritual, ha sido comparado por Romain Rolland con el de San Francisco. Tiene razón. El está todavía bajo el hechizo del santa hindú, y habla de él con elogio siempre nuevo, con un respeto lleno de ternura. Es el viejo hombre francés, no tocado de jacobinismo, que comprende al *varón de oraciones y actos,* al que parte sus días entre el arrobamiento de Dios y la faena gemidora que cumple en bien de los hombres.

Del rostro de Gandhi nos lleva hacia el de Tolstoi, que está a la cabecera de su lecho, como un santo patrono. El dibujo es admirable de energía y de expresión justa. De éste pasamos al de Beethoven. Entonces yo me doy cuenta que cubre un tercio del dormitorio el gran piano, acompañante de la noche. Naturalmente, el hombre del *Juan Cristóbal* ejecuta, para que pasen por su carne misma y para que su carne sea poseída por el ritmo, los trozos musicales que ha descrito a través de su magna fábula.

Se informa de que voy hacia Ginebra, y me guía, nombrándome a los funcionarios que pueden serme útiles. Al día siguiente me enviará cartas que yo no tendré la honra de usar, porque las vacaciones de la Liga tienen en suspenso los trabajos que me interesan. Lógicamente, dentro de la educación que le interesa mucho, sus esperanzas están con la escuela nueva y me habla calurosamente de Ferriere. Se sorprende cuando le digo que conozco poco los libros de Salvador Madariaga, el ilustre español con quien la América no se ha puesto todavía en contacto crítico agudo, sugerente poeta y pensador sólido. Al fin, Madariaga dará conmigo en Madrid y yo agradeceré infinitamente a Romain Rolland el encuentro con esta mente nobilísima, salida de Castilla.

Hemos tenido una tarde entera al lado del hombre que es uno de los *anotadores de la época,* como Wells (siendo superior al inglés); este era el dón que me reservaba la montaña suiza, y acaso yo no vuelva a recibir en la vida uno semejante.

La reverencia

Hay, entre otras, una palabra que casi no asoma a los escritos contemporáneos, porque es desusada y la sensación del ridículo la sujeta en la pluma. Es la palabra *reverencia.* Yo tengo que acudir a ella al terminar esta crónica. *Admiración,* no; la admiración es cosa cotidiana en las naturalezas admirativas como la mía; *asombro,* tampoco; nada hay de reverberante en esta criatura que tiene lo superior como estado natural. *Reverencia,* eso sí, es decir, el respeto caldeado con la simpatía y nutrido por la estimación. Es lo que se siente, no sólo estando a su lado, porque hay dinámicos que atan nuestras potencias mientras nos tienen sujetos dentro de su aura poderosa, y nos pierden cuando nos alejamos. Yo vuelvo sobre el recuerdo de Romain Rolland como sobre el de los paisajes supremos de la tierra, y vuelve su imagen a dejarme, como en el primer momento, subyugada por la reverencia.

Pasaré algunos años desnutrida de valores morales, con el ojo cansado de la mediocridad vergonzosa en que se atollan los contemporáneos, y habrá que invocar muchas veces a este semblante, para tomar contacto con lo superior, como Anteo tomaba contacto con la tierra, y recibir aliento poderoso.

Los santos afianzaban la fe en lo divino; de este hombre puede decirse que afianza en un grado supremo la fe en lo humano.

Gabriela Mistral

(*El Mercurio,* Santiago de Chile).

Sueño de guijarro



Ese guijarro pequeño y bermejo, que está medio hundido allí, a la vera del camino, seguramente fué traído por las corrientes de lluvia, en los inviernos.

En una noche muy oscura, el guijarro sintió que se agrandaba y que ascendía. Cada vez era más grande y estaba más alto y su carne mineral se hacía luminosa. Una enorme cauda completó su cuerpo, como fúlgida cabellera y por fin, en una altura infinita, fué hermano de los otros mundos celestes, fué pestaña luminosa en el éter, fué un sol en el espacio!

La aurora prendió rosas tenues por todas partes. Comenzó a poblarse de rumores el camino y oh miseria, el guijarro se encontró en su campito, pegado a la tierra, y cubierto de polvo; él, que se creía resplandeciendo allá muy alto. A su lado vió, caída, una florecita leve y perfumada, la que lo había embriagado con su aroma y lo había hecho soñar cosas tan bellas!

Así, mi alma, colmada de sueños, entre la impotencia de mi ser, que cual guijarro, vive a la orilla de un árido camino y tiene divagaciones estelares...

¡Oh las piedras tan lejos de los astros!

Clara Diana

San José, Costa Rica.
Febrero de 1916.

Como si asistieran a una cena espiritual, siete hombres de letras de distintos países, reconocen en el pensador salvadoreño Alberto Masferrer, una figura extraordinaria que honra a la raza hispanoamericana, por su altruista labor y por sus avanzadas ideas.

Crónica literaria

(El Día, San Salvador).



Alberto Masferrer

Como algo extraordinario en nuestro medio, voy a trasmitir, aunque en prosa incolora, las impresiones recogidas recientemente en una memorable tertulia literaria, efectuada sin invitación previa, aisladamente, lejos de gremio alguno y ajena a interés positivista. Y digo extraordinario el caso, porque en los últimos tiempos ha sido abolida en nuestro mundo intelectual aquella camaradería que unió en el pasado a los precursores del movimiento cultural de nuestros pueblos. Y, efectivamente, ni la prensa de esta capital costarricense—que informa hasta del último chisme de barrio—se ha dado cuenta de esta tertulia en que figuraron personas que tienen sus nexos en las redacciones de los diarios. Y quizá sea más conveniente que el diarismo no se ocupe de elevados asuntos espirituales, si no han de ser tratados por pluma experta.

¿De qué se trató en la tertulia? Se hablaba de todo, a medida que llegaban los personajes que en ella tomaron parte. Unos y otros se sorprendían de encontrarse. Había ahí dos elementos costarricenses, un venezolano, un colombiano, un nicaragüense, un antillano y un salvadoreño. Todos con suficiente preparación. Sus nombres no hacen al caso. Doble fenómeno fué el de que ninguno de los contertulios hablara de política, ni de noticierismo, ni siquiera de sus familias. Pareciera que obedeciendo a un llamamiento misterioso, asistieran a una Cena del Espíritu.

Así, uno repitió una frase de Amado Nervo; otro, un pensamiento de José Enrique Rodó; otro, aludió a la sentida muerte de Anatole France; otro, se refirió a Mauricio Maeterlinck; otro, recordó a Emerson y a Carlyle; otro, al sabio centroamericano José Cecilio del Valle; y otro, se expresó sobre la procera figura de Juan Montalvo, a propósito de la edición de *El Cosmopolita,* que se exhibe actualmente en estas librerías.

Y en el ir y venir de opiniones o citas, surgieron los nombres consagrados de Víctor Hugo, Ernesto Renán, Voltaire, José Martí, Simón Bolívar, Domingo Faustino Sarmiento, Lincoln, Enriqne José Varona, Rubén Darío, Rabindranath Tagore, etcétera.

Cada uno hacía recuerdos de sus lecturas favoritas, con calor, con emoción, en forma variada, amena. Parecía aquello un pugilato en que se hiciera gala de feliz memoria para citar libros y autores, cuando inopinadamente resonó el nombre de un pensador nuestro, contemporáneo, que vive y trabaja como nadie quizá en América, bajo el cielo risueño de El Salvador, la legendaria patria de Atlacatl. El nuevo nombre traído a debate paralizó toda otra referencia, y concentró, por el resto de la velada, el entusiasmo de los contertulianos.

¿Cuál fué ese nombre? El de Alberto Masferrer.

* * *

—Es,—dijo el venezolano—un nombre que hace algún tiempo me atrae fuertemente. Recuerdo que un viajero, a bordo de un barco leía un pequeño volumen intitulado *Pensamientos y formas.* Lo solicité, y lo leí devotamente, frente al mar imenso. Su lectura me hizo comprender que tenía ante mí a un hombre nuevo, selecto, de pluma distinta, de arquitectura mental distinta de la generalidad de los buenos escritores. Pregunté al viajero cómo llegara a sus manos el libro citado, y me respondió:—«Lo ignoro. Alguien, en mis andanzias por América, me hizo este regio regalo. Y es un libro que me ha gustado más que el montón de indecentes novelas que se publican diariamente». Más tarde, al arribar a Costa Rica, he sabido que, en verdad Masferrer vale mucho en el pensamiento contemporáneo de América. Aquí he sabido que es un escritor singular que hace honor a su país. Aquí, yendo de un lado para otro, he logrado leer algo de lo mucho bueno que produce Masferrer. Soy su admirador. Soy su discípulo. Y no sé si llegaré un día a estrechar su mano. Dad a conocer este nombre, y el mundo sabrá quien es Alberto Masferrer. Dad a conocer su obra en todas partes, siquiera por sentimiento racial».

* * *

A continuación, un costarricense se expresó así:—«Pálido es lo que se diga en estos momentos para delinear la verdadera personalidad de Alberto Masferrer. En Costa Rica lo conocemos un poco, aunque no lo suficiente, a pesar de haberlo tenido en persona aquí, difundiendo su saber a la juventud. Fué maestro de muchos costarricenses, y hay discípulos que pronuncian su nombre con todo respeto. Vivió entre nosotros a raíz de haber llegado con el cargo de Cónsul General de El Salvador, hará unos veinticinco años. Aquí fundó una o dos revistas y colaboró en todos los diarios de aquel tiempo. Se le apreció en nuestros hogares. Se le admiró por su saber, por su modestia y por su caballerosidad. Fruto de su permanencia aquí fueron sus libros *Niñerías, En Costa Rica* y *Recortes.* Hace tres años estuvo de nuevo entre nosotros, también con cargo oficial diplomático: siempre sencillo, franco, jovial. La pieza del hotel en que residió, estuvo diariamente invadida por amigos y admiradores de todas las clases sociales. En esos días, Joaquín García Monge—quien admira y sabe en verdad medir los merecimientos de Masferrer,—le solicitó los originales del libro *Pensamientos y formas* para editarlo inmediatamente. Dictadas por Masferrer en un salón de obreros y en una aula escolar, oímos dos hermosas conferencias suyas, acerca del ideal centroamericano de Unión: recordando con pena, que en esos actos haya sido adversado en forma inconveniente por personas inconscientes para apreciar la valía del conferencista. La palabra violenta y apasionada pretendió manchar la palabra convincente, serena, apostólica y dulce del salvadoreño ilustre. Y digo «ilustre», en sentido intelectual, porque dista mucho de ser ilustre el que ocupa un alto puesto en la política, o que sobre su uniforme diplomático ostenta las medallas que otorga Su Majestad la Conveniencia».

* * *

El nicaragüense dijo:—«Ciertamente, no hay hipérbole en llamar ilustre a Masferrer, porque es el escritor más comprensivo de la época, no sólo de Centroamérica, sino de todo el Continente. Lo que hay es que nuestro egoísmo, nuestra pequeñez aldeana, las pasiones que nos consumen, no han querido ver con el verdadero lente la personalidad de este esclarecido salvadoreño, compañero de Rodó y discípulo de Emerson y de Carlyle, de este Tolstoi amplio, nacido en un medio en formación tan estrecho para el desarrollo de su pensamiento, como es Centroamérica.—Al oír el nombre de Masferrer se agolpan en mí los recuerdos de mi juventud. Era mi vida estudiantil toda una vibración cuando leí apasionadamente un libro, quizá el primero de Masferrer. Llevaba por título *Páginas.* No puedo expresar la metamórfosis que operó en mí tal libro. Páginas de fuego, páginas juveniles, desbordantes, sugestivas, calcinadoras, parecían el eco de las cóleras supremas de Víctor Hugo, de Juan Montalvo. A pesar de los años transcurridos, no he podido olvidar la impresión que tuve al leer los capítulos *Tragedia, Vanitas, Sol y Niebla, Risa Negra, Cólera, Reflexiones,* etc.—Por entre el fuego de esas páginas se podía adivinar lo que sería más tarde Masferrer. Era el grito de la juventud, pero se esbozaba con muy claras pinceladas al filósofo

de hoy. Esas páginas eran la revelación del hombre. Y el hombre no ha claudicado. Se trazó su ruta, señaló en la lejanía su faro ideal; y ha sabido recorrer la ruta y llegar al torreón de ese faro. Compañeros míos nicaragüenses que tuvieron la fortuna de estudiar y moldear sus vidas en aquel pueblo varonil y enamorado del progreso y la libertad, me han contado diversos episodios que presentan como un verdadero apóstol a Masferrer. La obra que él ha realizado en su patria en favor de los desvalidos y de la cultura y la concordia, será reconocida en todo su valer, dentro de muy breve tiempo. La influencia de este educador se adivina, allá, en la orientación que han tomado los conglomerados sociales. Orgullo nuestro es el nombre de Rubén Darío; y de igual manera deber ser para nosotros, los de la familia centroamericana, el de Alberto Masferrer».

* * *

El colombiano, a su vez, reforzó los juicios sobre el Maestro salvadoreño. Dijo: —«No lo conozco, pero debo exponer en este debate el recuerdo de una conversación habida alrededor de alguna mesa periodística,—en Caracas, Bogotá, Lima, no lo puedo precisar bien,—en que se lamentaba que el nombre de tal pensador no estuviese a esta hora divulgado por todos los países de habla castellana, pues tenía tantos títulos a la admiración como José Enrique Rodó y otros, que lleva y trae la prensa con la música del ditirambo.—Voy a precisar algunos datos para que se me crea. Leíanse en una de esas redacciones fragmentos de los estudios *Leer y Escribir, Una punta del Velo* y *Bibliotecas Públicas*, recortados de un renombrado diario salvadoreño. Y a propósito de ellos se opinaba que Masferrer tenía todos los relieves de un literato de la mejor cepa, divulgador de un optimismo y de un altruismo no común en estos tiempos crueles. Después he sabido de la permanencia de Masferrer en Chile, España y Bélgica. En este último país, como Cónsul General de su noble Patria. En la culta capital de Chile vivió cerca de tres años; fué redactor del diario *La Ley* e hizo admirable labor en los círculos literarios de la capital santiaguina. En los anales del Ateneo de aquella República se guarda la impresión de la solemne asamblea en que Masferrer dictó una conferencia sobre las leyendas escandinavas. Sé que ha viajado mucho este representativo de América y que de todas partes en donde ha estado recogió gran caudal de estudios y observaciones con el pensamiento fijo en la transformación de su terruño nativo».

* * *

El antillano agregó:—«Me atrevería a decir que Alberto Masferrer, en ciertos aspectos, es algo así como José Martí, nuestro inmortal Martí, el egregio paladín de la independencia de Cuba, aquel peregrino maravilloso que con su lira, su palabra y su espada, supo inmortalizarse. Como Martí, Masferrer ha sido un educador. Como Martí, Masferrer ha sido un Poeta. Como Martí, Masferrer ha llevado a todas partes su palabra de apóstol. No ha empuñado la espada como como Martí en Dos Ríos para caer de cara al sol luchando bravamente contra los agresores: pero sí ha empuñado toda su vida esa otra espada fulgurante, La pluma, que también sabe demoler y construir e irradiar a los cuatro vientos. *Las Nuevas Ideas, Voces de la Montaña, Pan y Concordia* y *La Nueva Cultura*, son páginas suficientemente elocuentes para consagrar a un eminente literato, a un hombre excepcional. No sé hasta donde pueda admitirse, pero pienso que la pluma de Masferrer es como la de Enrique José Varona, laureado Maestro de mi Perla Antillana».

* * *

El otro costarricense, por su parte, consignó su opinión como sigue: «En las columnas del *Diario de Costa Rica* (páginas dominicales), en *La Tribuna*, y en el Repertorio Americano, de cuando en cuando, he visto la firma prestigiada de Alberto Masferrer. En las salas de nuestra Biblioteca Nacional el diario salvadoreño *El Día* es solicitado por los que buscamos buena lectura, y por lo que a mí toca, lo busco exclusivamente por las cuartillas del Maestro predilecto que con frecuencia aparecen en sus páginas. El poeta Rogelio Sotela, valiente como es él, en fecha no muy lejana dijo en un periódico de esta capital: «Para hablar de Alberto Masferrer es preciso haberlo leído. Si no se le conoce, o no se le comprende, no se podrá dar juicio acerca de él. Yo creo conocerle. A las cosas humanas se las ama conociéndolas como a las divinas se las conoce amándolas. Pues yo amo la obra de Masferrer porque la conozco. Y repito: sólo aspiraría, como escritor, a ser émulo de Masferrer, el modesto escritor salvadoreño que está haciendo actualmente una labor de regeneración patria que traerá un gran bien a quienes lo oigan».—Yo participo de las francas declaraciones de Sotela a este respecto. Solamente un analfabeta podrá negar la excelencia de las ideas y de los escritos de Masferrer. México, Cuba, Argentina, Uruguay, cualquiera nación culta, se enorgullecería de tener un escritor de ese temple. Y es de deplorar que nosotros, en estas regiones centroamericanas, venimos a empezar a reconocer el mérito de nuestros coterráneos, solamente cuando de lejanos países se nos dice lo que vale».

* * *

Y el último de los asistentes—el salvadoreño—hondamente emocionado y con cálida palabra, manifestó: «Conozco personalmente al maestro Masferrer: recibí, incidentalmente, en lejana época, su influencia alentadora: he tenido la fortuna, más tarde, de considerarlo como un respetado compañero; y por largos cinco lustros he observado su trabajo. Y en virtud de este conocimiento puedo asegurar que no sólo es un Maestro, un Periodista, un Poeta, sino un Pensador auténtico, de fases espirituales hasta ahora desconocidas en la historia de los literatos hispanoamericanos, ya en gracia de su preparación natural, de sus largos y pacientes estudios, de su carácter investigador, de la pureza de su vida y costumbres, y de otras cualidades que lo colocan muy por encima de sus gratuitos detractores,—que sin duda los tiene como todo apóstol, como todo sembrador de ideas, como todo constructor. En efecto, en presencia de Alberto Masferrer me ha parecido estar frente a un Instructor.—y llamo *Instructor* a todo ser excepcional que en cualquier latitud del mundo consagra los días de su peregrinación a enseñar, a revelar a la humanidad los caminos de su perfeccionamiento. Si así fuere, como es mi creencia, ventura sin igual será en el futuro para El Salvador, reconocer que bajo la esplendidez de su cielo y al calor de sus enhiestos volcanes, tuvo su tienda de iluminado, un ejemplar de nuestra estirpe autóctona. Tengo motivos para abrigar este presentimiento. En la contextura física de Alberto Masferrer, sutil, suceptible, vibradora, está manifiesto el sello con que la Naturaleza, en todas las épocas, ha distinguido a los iniciados en sus misterios sagrados. Asombra ver que un sér de humilde origen, débil, de suaves maneras, de voz armoniosa, pequeño de cuerpo, enfermiso aparentemente, asombra que luche, combata, transforme, tenga, en fin, tan recia contextura intelectual. El estudio de la personalidad de Masferrer bien pudiera ser obra que enalteciera a un psiscólogo de avanzada escuela, tales son de múltiples las trayectorias de su pensamiento y su acción. Su primer libro *Páginas*, ciertamente admirable, fué la *muestra* del precioso bloque que esperaba el buril de la experiencia y del estudio, para realizar la transfiguración. Fué como el relámpago precursor de la lluvia fecundante. A partir de sus libros *Páginas, Prosas líricas* y *Ensayo sobre el desenvolvimiento Político de El Salvador*, hay una evolución de treinta años, hasta culminar con *Pensamientos y Formas, Una punta del velo* y *Ensayo sobre el destino*. Esta última ya en prensa, será su definitiva consagración. En ese período, Masferrer ha realizado, a conciencia, una gigantesca labor ascendente, todavía no estimada. Que no se haya reconocido en El Salvador y en Centro América la potencia de este pensador, es cosa natural. En nuestro medio el principal problema es imponer criterio. Y así sucede en todo lugar del mundo. Así ha sido también, en todas las épocas de la historia humana. Basta recordar a Jesús, a Budha, a Mahoma, a Dante, a Shakespeare y a tantos instructores más. Sucede que nosotros solamente podemos distinguir, y casi siempre limitadamente, la figura humana, la material. No podemos ver la aureola invisible de estos preclaros hombres. No podemos descubrir, arrebatados por torbellinos de bajeza, el Espíritu, la luz que está dentro del barro informe. A veces presentimos su irradiación, pero jamás ahon-

damos en el misterio. En algunas ocasiones he visto maltratado a Masferrer por quienes no pueden colocarse en su mismo plano espiritual. Y el Maestro ha hecho frente a las tempestades, tranquilo sereno, fuerte, con absoluto dominio de sí, sin proferir una queja. Para mí es una satisfacción haber estado al lado de tal varón en diversas épocas, ya en los maravillosos atardeceres, cerca de las rumorosas selvas que rodean a San Salvador, ya en la paz de su hogar, ya en los mítines obreros, ya en las salas de conferencia, ya en las redacciones de periódicos, ya en los grupos culturales, ya en las aulas superiores, en todas partes en donde ha sido su palabra verbo de paz, de luz, de armonía. Como diría un filósofo, su palabra ha tenido siempre el dón de descubrir los arcanos más profundos de la belleza; y nacido él, como los lirios en humilde surco, es a modo de un ojo hermosísimo que mira desde lo más hondo del mar inmenso de la belleza. En efecto, basta leer su prosa, para comprenderlo así. Me complace, como un privilegio, haber oído su palabra evangélica, poética, musical.—¿Dije musical?—Si: Masferrer siempre ha hablado con pensamientos musicales, tal como lo concibe Carlyle en este sugestivo concepto suyo:—«Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que supo penetrar, hasta en lo más íntimo de las cosas y poner al descubierto lo más recóndito de sus misterios, esto es, la melodía oculta en ellas, la coherente e interna armonía que es su alma, por la que existe y tiene razón de ser en el mundo».—No es quimérico decir, pues, que Masferrer ha preparado—con su obra—su nacimiento para la posteridad. Cuando deje el barro humano que lo cubre y se remonte sobre el Océano de la Armonía Universal, su verdadera vida será como el alegre gorjear de los pajarillos en las rientes mañanas primaverales. Y él mismo lo sabe cuando en su libro *Ensayo sobre el destino,* dice:—«Por efímero que sea este libro, vivirá más que yo. Y hasta puede ser que comience él a vivir, cuando ya mi recuerdo haya desaparecido de los ojos que vieron mi *semblante* y de los oídos que oyeron mi voz». A El Salvador toca una deuda que debiera empezar ya a saldar para hacer tranquila la ancianidad material de Masferrer, y consiste en recopilar y editar, en varios volúmenes, toda su inmensa labor, divulgándola por el mundo, no sólo para glorificación del Maestro, sino para honra de la Nación».

* * *

Como no dudo que en la Tierra Salvadoreña se abriga igual o parecida opinión sobre los méritos de Masferrer, he querido consagrarle estas impresiones con el intento de que en estos días de fructífera renovación no se olvide a quienes con su palabra y su pluma también han venido preparando los destinos de la Patria.

José Dols. Corpeño

San José Costa Rica,
17 de junio de 1925.

Encuesta sobre la novela

¿Quiénes son los seis o siete mejores novelistas españoles contemporáneos, representado cada cual en su obra más característica?

La lista de D. Ramón del Valle-Inclán



D. Ramón del Valle-Inclán cree que al responder se ha de tener en cuenta que se trata de ilustrar a una lectora extranjera que desea conocer las diferentes tendencias de la novela española moderna.

Así, pues, de Pío Baroja, de quien no conoce la obra completa, recomendaría *El escuadrón del Brigante.*

De Pérez de Ayala, *La pata de la raposa.*

De Unamuno, *Abel Sánchez.*

De Miró, *Las cerezas del cementerio.*

Instado a que se incluya a sí propio, pues que de una lista de la novela española contemporánea no puede faltar su nombre, a nuestro juicio, y porque de esa manera conoceríamos la opinión que le merece su propia obra, D. Ramón accede a darnos el título de las *Memorias del marqués de Bradomín,* ya que, si no su preferencia personal, esa elección le parece la más adecuada para empezar a conocer sus restantes producciones.

Pero quedan aún dos novelistas que señalar. D. Ramón no vacila tampoco.

—Ponga usted: *Defensa y sitio de Baler,* por el capitán Martín Cerezo, y *Del cautiverio,* de Ciges Aparicio.

Ambos libros, si no propiamente novelas, son tan novelescos, y sobre todo tan dramáticamente sugestivos, que los cree superiores a muchas novelas, y comparables en intensidad a la fuerte literatura rusa.

De poder añadir un octavo, Valle-Inclán incluiría a Eugenio Noel, con *Las capeas.* Y de permitírsele una última recomendación, no dudaría en indicar a Fernández Flórez, con *El secreto de Barba Azul.*

Un poco estrechado a preguntas nuestras por si puede haber en su recuerdo un olvido involuntario, Valle-Inclán dice:

—Nunca pondría a Ricardo León.

—¿...?

—Porque no es contemporáneo. Ni a Blasco Ibáñez, porque para pintar los colores de la huerta valenciana ha recurrido a la imitación de procedimientos de Zola y de Maupassant. Ni a «Azorín»

—¿Tampoco a «Azorín?»

—No se le puede perdonar a nadie que teniendo un idioma tan rico como el castellano escriba por cifra, como tocan algunos guitarristas.

(Del *Heraldo de Madrid,* Madrid).

El lirio solitario

Para el fino escultor de un alma

Como una inmensa flor de argento era la noche aquella en que al conjuro de su voz, se abrió su alma como un lirio en la azul serenidad de un lago... y la vieron florecer las silvestres margaritas que bordean la agreste playa y que se estrechan temerosas al beso tibio de la brisa vespertina. La vieron despertar las soñolientas garzas que tiñen la ribera de gris melancolía; los añosos sauces de largas cabelleras que flotan sobre las aguas perfumadas de heliotropos.

Hay música de guzlas campesinas entre los grandes plumones de los bambúes vecinos. Lejos, se oye el silbar del viento por entre las quebradas cañas amarillas y aquellas menudas hojas ásperas y filosas, producen, al acariciarse mutuamente, un murmullo dulce y melodioso como una orquesta de quejumbrosas gaitas que tocaran faunos misteriosos escondidos en el seno de aquel bosque lejano.

Aspira aquel lirio solitario los aromas embriagadores de la selva, sobre sus ahuecados pétalos una frágil mariposa liba insaciable la miel que guarda oculta entre su cáliz y ella, en actitud pasiva,—adormecida por la voz de encantamiento que convirtió su alma en flor, ensoñadora aguarda al príncipe fugitivo que ha de venir trayendo entre sus labios el perfume sutil de una promesa.

Flor de Luna

San José, Costa Rica.
Febrero de 1926.

El P. E. N. Club

Una reunión internacional de escritores

Por

ROMAIN ROLLAND



DESDE hace cuatro años se ha intentado varias veces agrupar, alejados de toda preocupación política, a los escritores y artistas de todos los países, para preparar y fundar una comunidad intelectual, cuya ausencia se ha hecho sentir crudamente después de la guerra mundial. Corresponde a Inglaterra la primacía de llevar a cabo la organización más importante de esta fuerza del pensamiento, incompleta todavía a causa de oposiciones que han restringido su amplitud; pero que con todas sus deficiencias, ostracismos y timideces, marca una primera etapa hacia un acercamiento total que nada podría impedir.

Hace dos años, John Galsworthy fundaba en Londres el P. E. N. Club, (Club Internacional de Escritores), y por iniciativa suya se establecían en otros doce países de Europa secciones afiliadas a la central, conservando cada una su autonomía de organización, así como el derecho a la elección de sus miembros; pero aceptando todas el principio de confraternidad internacional que es la base del P. E. N.

El primero de mayo de 23, por la primera vez, la sección de Londres invitaba a una reunión amistosa a los delegados de las otras secciones. En el banquete que tuvo lugar en el hotel Cecil, se reunían 160 escritores bajo la presidencia de John Galsworthy. Once de las doce secciones continentales, habían respondido al llamamiento; solamente faltaba la delegación alemana (Gerhardt-Hauptmann), excluída por el veto de las delegaciones interaliadas. Más adelante daré mi opinión de lo que pienso acerca del veto y de la exclusión; esto me distraería de mi objeto principal, y quiero limitarme por el momento a dar mi impresión de la reunión de Londres.

Según la nota humorística de M. Zangwill, había allí el mayor conjunto de escritores internacionales célebres que hubieran podido reunirse en un solo lugar. «Estoy seguro,—agrega el maestro humorista—, que si un millonario americano hubiera asistido, habría tratado de transportar la colección entera a Nueva York».

Ajustándose a la verdad, el grupo era esencialmente anglo-sajón, sin contar algunas personalidades nórdicas como Johan Bojer, Tor Hedberg, Herman Heyermans, o escritores y artistas americanos, como el poeta E. Arlington Robinson y el poeta japonés Gonnoske Komai. El interés principal de la velada residía en el número e importancia de la sección inglesa. Las letras británicas estaban representadas por John Galsworthy, sir James Barrie, H. G. Wells, Israel Zangwill, John Drinkwater, R. B. Cunningham Graham, St. John Ervine, J. D. Beresford, Austin Harrison, etc., y por una pléyade de mujeres de gran talento, ensayistas o novelistas, como Rebecca West, May Sinclair, Clemencia Dane, Sheila K. Smith, condesa Russell, etc. Thomas Hardy, presidente honorario, muy viejo para venir de su Wessex, había enviado un bello mensaje que citaré más adelante. (Algunos días después debía verlo en Dorchester, de cuya visita haré un relato especial).

Tuve la suerte, en la mesa, de tener de vecino a Wells, lleno de vida y de malicia. Muy satisfecho de sus últimas obras, desdeñoso de las antiguas, gozando de la época de crisis y de perpetuo cambio, como una fuerte barca que salta alegremente por encima de la cresta de las olas y que sin cuidarse de lo que deja tras de sí, singla hacia el porvenir.

Al final del banquete, John Galsworthy inaugura la serie de discursos oficiales. El más calificado para presidir esta asamblea, no solamente por su superioridad intelectual que se afirma igualmente en el teatro y en la novela, sino por su superioridad moral, por el noble equilibrio de su temperamento en el que discreción y firmeza se unen en una medida perfecta. Así como ha podido permanecer durante los años tempestuosos de la guerra, libre y lúcido, mereciendo la estimación de todos los partidos, lo hemos encontrado en medio de estos 160 escritores reunidos, a pesar de tantos antagonismos ocultos, proponiéndoles en palabras de una sabiduría sonriente, el ideal de benevolencia desinteresada y el espíritu de amistad.

«Nosotros, escritores, somos tipos llenos de originalidad caprichosa, egoístas y, a menudo, también, altamente individualistas. Damos la impresión de las personas menos capaces de llegar a reunirse en un espíritu semejante y, sin embargo, lo hemos hecho. He aquí algo de lo cual podemos enorgullecernos en un mundo de conferencias europeas. Creedme, el ideal de camaradería entre nosotros, vale la pena de convertirlo en constante y durable, y la reunión de esta tarde será, así lo espero, la primera de muchas, hasta que cada país, a su vez, haya acogido a los escritores de otros países, mostrando el camino a la naturaleza humana, porque ¿quien puede llevar, camaradas escritores, la naturaleza humana a la benevolencia amistosa, si nosotros no lo podemos? Un gran número de entre nosotros sirve los fines impersonales del arte imaginativo, que no conoce, o no debiera conocer barreras de razas. Todos podemos usar del poder de la palabra escrita. Mientras más íntima sea la camaradería entre nosotros, más amplias se extenderán las pequeñas ondas de la buena voluntad sobre un mar tan embravecido. Al espíritu de nuestro club, demos el espíritu de amistad de nuestros escritores en el mundo!»

Después de él, tomé la palabra por Francia, con mi carácter de miembro honorario de la sección central del P. E. N. Recordé el internacionalismo intelectual que en la vieja Europa se mantenía por encima de las vicisitudes de las guerras y de los tratados, — por el ejemplo simbólico de un Haendel, alemán de nacimiento, italiano de formación artística, inglés de adopción y de creación, — nuestro liberal siglo XVIII, tan francés y su corifeo Voltaire, anglomano y familiar del rey de Prusia;—el sentimiento europeo de un Goethe o la ardiente simpatía de un Michelet, que decía apasionadamente, como yo lo repito ahora: «MI Alemania... MI Inglaterra...»

»En los últimos diez años el espíritu europeo ha estado amenazado. La política se ha entrometido en el arte y en la ciencia. Cada nación manifiesta la tendencia de pretender representar aisladamente la esencia de la Europa civilizada y a excluir todo aquello que no le conviene. Este egoísmo miope sería funesto si no fuera irreal. Señores, se ha calificado a menudo de quimera, nuestra idea de una fraternidad internacional del pensamiento; pero fraternal o no, esta cooperación es un hecho, el más real de los hechos, y yo desafío a todos los exclusivismos políticos, que impidan esta interpenetración. No podemos prescindir los unos de los otros. Estamos intelectualmente formados del espíritu de todas las razas. ¿Qué grande escritor podría considerar como extraño a Tolstoi, Ibsen, Nietzche, Flaubert, Browning, Withman, para no citar sino a algunos de los grandes desaparecidos? Aun en el caso de que no los hubiera leído, los respiraría en la atmósfera que lo rodea... Sepamos o no, queramos o no, somos todos ciudadanos del mundo. Ciertamente cada uno ama su raza. ¿Cómo podría ser de otro modo? El escritor, el artista, es la expresión más lúcida de su tierra. Pero además de los deberes que nos son comunes con nuestros compatriotas, tenemos privilegios. Somos los representantes de nuestras razas en el gran consejo del espíritu, en estos tribunales universales de la inteligencia que dominan todas las rivalidades de razas, todos los provincialismos europeos.

»Michelet escribía:

»*Cada nación de Europa es una potencia, una actividad de esta persona: la Europa; de manera que si fuere posible suponer que se mata a una nación, sucedería con Europa como con un ser vivo a quien se des-*

Las artes plásticas

Gráficas de la exposición del Curso Libre de Modelado

(Museo Nacional, días 19, 20 y 21 de diciembre de 1925).



El conjunto de trabajos expuestos

truye un pulmón o una parte del cerebro... Que Inglaterra desparezca bajo los mares o que no exista Alemania... ¡Gran Dios! La economía humana sería trastornada, el mundo iría como ebrio, toda la gran máquina caería hecha pedazos...

»Nuestro papel consiste en velar por el buen funcionamiento de la gran máquina para la armonía del alma europea... Trabajamos todos sin tener consciencia de la obra que nos sobrepasa. Las guerras mismas y los conflictos sociales cooperan con nosotros. Han hecho entrar en el círculo de acción del Occidente no solamente todo el resto de Europa, sino la humanidad: los ejércitos y las fuerzas espirituales. Los tesoros de la India, de la China y del Japón, han sido para nosotros una fuente de pensamiento, así como nuestro pensamiento nutre a la India, a la China y al Japón modernos. Se lleva a cabo un cambio ininterrumpido que nos encamina al sueño expresado por Goethe, hace exactamente un siglo: «La Literatura Universal», *Weltliteratur*... Esto no quiere decir una literatura desnacionalizada, despersonalizada, sino un arte cuyas ricas armonías estén nutridas con la substancia sonora de toda la Psyché humana, cuyas múltiples resonancias penetran en la tierra entera.

»Así como no ha cesado de enriquecerse la tela de sensaciones de la pintura y de la música moderna, también el YO humano se extiende en todas las dimensiones, así en profundidad como en amplitud. Su conquista es nuestro patrimonio. En este siglo de combate en el que todas las potencias de la energía humana se han despertado, he aquí nuestro lugar en la lucha: nuestra conquista es el espíritu. Ensanchar sus fronteras, hacerlo cada vez más vasto, más libre, más luminoso...»

Sería agradable para mí citar los brindis que fueron pronunciados en seguida por M. Charles du Bos, en nombre de la sección francesa del P. E. N.; por M. Louis Pierard, por el de Bélgica; M. Tor Hedberg, en representación de los delegados de Italia y Checoeslovaquia [1]. No he tenido copia escrita sino del discurso del Israel Sangwill, quien cerró brillantemente la reunión. Con su espíritu vivo y su independencia habitual, envuelto en un velo agradable, nos ha hecho apreciar útiles verdades y caracterizó más libremente que cualquier otro orador, el espíritu del P. E. N.

Comenzó por rendir un bello homenaje a la persona del Presidente, Mr. John Galsworthy, «al mismo tiempo hombre de corazón y hombre de pensamiento, conservándose igualmente identificado con los escritores de la antigua y de la nueva generación».

Para Mr. Galsworthy, dice él, la literatura es una vocación, no una profesión. Jamás ha comerciado con la consciencia de su misión. En una cierta medida ha continuado la campaña de Matthew Arnold contra los filisteos; pero en tanto que los escritores triunfantes vivían alejados del mundo, hoy la acción y el contacto con la humanidad son la nota de nuestros hombres de letras. Durante un cierto tiempo, M. Galsworthy se ha conformado con influenciar la acción por la literatura, mejorar, por ejemplo, nuestros métodos de prisión; reforma por la cual debemos estar muy agradecidos, pues ¿quién sabe...?

El doctor Johnson resume la misión del escritor en estas palabras:

Toil, Envy, Want, the Patron and the gaol.

«Trabajo, envidia, necesidad, el Patrón y la mazmorra».

El único factor absolutamente fuera de moda en la actualidad es el patrón. M. Galsworthy no satisfecho de la acción indirecta, se ha aproximado a la acción directa por el impulso que ha dado a esta reunión. Es cierto que ha repudiado la política. No imagina de ningún modo que el Club de la

1.—No quisiera tampoco dejar de hacerme intérprete de la gratitud de los delegados extranjeros hacia la Sra. C. A. Dawson Scott y la Srita. Scott, quienes han asumido la pesada carga del secretariado del P. E. N. y la organización, sin defecto, de esta fiesta amistosa.

en Costa Rica

5 3



2

Del natural:

1. Busto de la Autora, por Angela Pacheco.
2. Copia del natural, por Paulino Chaverri.
3. Relieve, por Francisco Amigheti.
4. Dn. Anastasio Alfaro, por Lilly Artavia.
5. Jarrón, por Graciela Rey.

Pluma sea más potente que la espada; pero establece los fundamentos de una mejor política que la de nuestros políticos.

Quizá, antes de que sea posible una verdadera Liga de Naciones, es necesario convencernos que las naciones están formadas de individuos. La república de las letras no es como la Francia, sino como la Suiza, a la existencia de la cual diversos factores de razas contribuyen. El Presidente de esta República es sencillamente el más grande de los escritores vivos. No hay país, por pequeño que sea, ni lengua por oscura que se le encuentre, que no puedan esperar el nacimiento de este Jefe de Estado. Me regocijo de que tengamos un poeta japonés, porque si «el Oriente es el Oriente y el Occidente el Occidente», los dos deben encontrarse y se encontrarán. Solamente me disgusta que nos falte un representante de las letras alemanas. Hasta el último momento esperamos la llegada del escritor más ilustre de Alemania, Hauptmann. Ninguno de nosotros, estoy seguro, se hubiera sentido más dichoso de verlo que el eminente novelista francés que vive por encima de la lucha.

II

El dos de mayo el P. E. N. Club de Londres (Club Internacional de Escritores), ofreció a sus invitados una peregrinación literaria a Stratford-sur-Avon. En la casa de Shakespeare los delegados fueron recibidos por Bernard Shaw, de cabellos y cejas enmarañados, pelo blanco, la tez fresca y los ojos claros, llenos de fuerza y de esprit. Shaw pasa por el representante y promotor de la reconstrucción del teatro de Shakespeare, después de no haber perdonado al viejo Will sus ironías; pero ¿quién puede decir en qué medida tiene necesidad de ironizar aquello que ama? ¿Cuándo es el más serio? ¿En lo serio o en la farsa? Bajo su doble máscara, ¿cómo tomarlo?. Se escapa siempre. Por el momento es serio, muy serio; trabaja en una *Juana de Arco* y, sin burla, ve en ella «la primera protestante». (Protestante, ¿por qué no? pero la primera, lo dudo). ¿Antes del protestantismo, todos los cristianos independientes no eran protestantes sin saberlo? Yo lo bromeo un poco hablándole del casamiento de Juana de Arco, sobre el cual Grillot de Givry publicó documentos sorprendentes [1]; pero no quiere comprender nada. «¡La hoguera! ¡es preciso que Juana sea quemada!...» ¡Este maestro humorista es feroz!...

La *New Shakespeare Company*, bajo la dirección de M. Bridges Adams, nos ha dado después del almuerzo una hermosa representación del *Sueño de una Noche de Estío*. Representación inteligente, exacta, sencilla, quizás demasiado clásica, cuyo principal interés consistía en reaccionar contra las falsas tradiciones de la decoración y de la interpretación shakesperiana. Un artículo notable de Bernard Shaw en el *Stratford-upon-Avon Herald*, del 23 de abril, precisa las ideas del joven director de la *New Shakespeare Company* y le da el apoyo de su grande autoridad.

1.—Grillot de Givry: *La supervivencia y el matrimonio de Juana de Arco.* (Albin-Michel).

Se pretende, escribe Shaw, que Shakespeare ha sido representado desde hace 300 años. Es un engaño. Desde hace dos siglos y medio grandes actores representan Shakespeare, tomándose las libertades más grotescas con él. En realidad, después del puritanismo el viejo teatro ha sido destruído y uno nuevo se ha fundado, al cual no pueden, de ninguna manera, adaptarse las piezas de Shakespeare. Este teatro, descendiente de la ópera italiana, ha impuesto una óptica, una acústica, una decoración, una maquinaria, divisiones de la acción, interrupciones de escena, que han arruinado el método cinematográfico de Shakespeare. Su arte ha sido torturado por los cortes en actos y en cuadros, el lujo absurdo y «la magia de la decoración». Algunas de sus piezas, odiosamente tituladas, han sobrevivido gracias al actor. 30 piezas y 300 personajes han permanecido en el olvido. M. William Poel, el primero, comenzó no ha mucho a reformar la escena isabelina; dió de Shakespeare interesantes representaciones. Uno de sus jóvenes actores, Harely Granville-Backer, más tarde continuó espléndidamente su empresa y, a su vez, M. Bridges Adams, quien sufrió la influencia de Granville-Backer, tentó de restaurar Shakespeare en Stratford-sur-Avon. Desgraciadamente el teatro actual construído hace 46 años, no se presta de ninguna manera a la realización del drama isabelino. Es preciso reconstruirlo de modo de restablecer la intimidad esencial, indispensable en el público y la escena. Bernard Shaw hace un llamamiento a la generosidad de los artistas y de los mecenas del mundo entero para ayudar a la ciudad de Stratford y edificar el verdadero teatro shakespeariano. ¿Quién no se asociará a este llamamiento de peregrinos venidos de Stratford, de aquellos que han gustado al salir del teatro, la poesía de la pradera, del río sinuoso, del campanario, de viejos árboles en donde chirrian las urracas: este paisaje familiar de todo amigo de Shakespeare, y cuyo encanto armoniza con el recuerdo del poeta?

Una recepción, el 3 de mayo, en las *Suffolk Galeries* de Londres, por los representantes de las artes y de las ciencias británicas, terminó el programa de las fiestas del P. E. N. Club; pero éstas no hubieran tenido para mí su verdadera conclusión sin una visita al presidente honorario, Thomas Hardy. El es, en la actualidad, el más grande escritor inglés, universalmente reconocido, igualmente admirado por la antigua y nueva generaciones. Gran novelista y gran poeta, dotado de la triple pujanza lírica, trágica e irónica; profundo creador de seres imaginarios cuya realidad parece indestructible; es el único creador vivo, con Carl Spitteler, de una vasta epopeya del alma, del mundo moderno y de sus destinos!

Tiene su casa a cuatro horas de Londres, por express, sobre la línea de Southampton, Bournemouth, a Dorchester, cerca de donde nació en este Wessex, que es el teatro de sus principales novelas. El tren atraviesa durante horas caminos iluminados por el oro de las espesas retamas donde costean las ensenadas marinas, ya llenas o ya abandonadas por las aguas. El mar se haya muy cerca, a 3 o 4 millas y, sin embargo, ¿quién sueña en él leyendo *Tess?* No ocupa casi ningún lugar en el pensamiento de este pequeño país, alejado de los rumores del mundo, al margen del presente. Hardy nos contó que al principio de la guerra el jardinero de su hermano, oyendo el cañón inglés, decía: «Ah! sí, es para defendernos contra Bonaparte».

Ha venido a nuestro encuentro y es la primera vez que lo veo; pero tiempo atrás ha sido un amigo de mi hermana, quien fué una de las primeras que tradujo sus obras en francés. Este hombre de 83 años, pequeño, los ojos entrecerrados, la nariz curva, bigote blanco, es singularmente vivo, ágil y observador. A cada momento se levanta a buscar un objeto, en la mesa, o en el salón, subiendo a brincos la escalera sin solicitar ayuda; se sienta a platicar sobre los brazos de un sillón. Nos hace los honores de su linda casa, de su jardín, que es su obra, en donde ha plantado los ojaranzos franceses y en donde están alineadas las cinco o seis lápidas funerarias de sus gatos preferidos. De memoria precisa, espíritu lúcido y firme, despojado de sentimentalismo. Conoció personalmente a Carlyle, Browning y Dennyson; escuchó las famosas lecturas de Dickens, que con su voz emocionante se embriagaba él mismo. Ha permanecido fiel en su admiración por Tennyson y Dickens; pero no se interesa menos por todo lo que se publica ahora; habla con una cortesía simpática de sus grandes colaboradores ingleses y particularmente de Galsworthy. Acaba de releer *Au-dessus de la melée*, y encuentro sobre su mesa, cerca de la chimenea en donde chisporrotea la leña, *La Conquete du Bonheur*, de Duhamel. Sin embargo, desde hace más de 20 años no ha ido a Francia: no toma nunca un tren; pero su espíritu recorre toda la tierra. Tiene numerosas relaciones amistosas con la juventud americana y el nuevo Japón.

Su actividad creadora no se ha detenido. Trabaja siempre: pero únicamente en poesías. La edad de las novelas está lejos, y aunque muchos grabados evocan escenas de *Tess d'Urbeville,* se siente que él se ha convertido en extranjero (como es natural), con estos seres creados por él que continúan ahora su vida en millares de otros corazones. Ninguno comprende mejor esta sensación de alejamiento que el autor de *Jean Christophe.*

Durante la guerra, Thomas Hardy ha permanecido alejado de las corrientes furiosas de la opinión; un poco marchitas sus ilusiones sobre la sabiduría humana, pues antes de 1914 había proclamado en un poema la agonía del dios de la guerra. El dios de la guerra se vengaba; pero Hardy no se declaró vencido. Escribe poemas contra la guerra, y se ocupa de obras humanitarias cerca de los prisioneros alemanes, cuyo más vasto campo estaba cerca de Dorchester.

De los grandes escritores ingleses con quienes he hablado, he encontrado que Israel Zangwill es el más firme en la expresión de su fe internacional, y no sabría dar una más bella conclusión a este relato de la primera reunión de escritores europeos en Londres, que el texto del mensaje enviado por Thomas Hardy a John Galsworthy:

«El cambio de pensamiento internacional es el único saludo posible del mundo. Al principio de la guerra sudafricana había escrito ya que esperaba ver al patriotismo no confinarse a una nación, sino abrazar toda la tierra. Mis palabras eran entonces prematuras, sin duda; pero las sostengo siempre...»

ROMAIN ROLLAND

P. E. N. Club de México.—*Volante* número **18.**—15 de octubre de 1924.

El áspid

ERA oscura la noche, una de aquellas noches misteriosas y negras, cuando al salir de casa para cruzar la calle, tropezó mi zapato con una angosta cinta tostada y blanquecina que en mitad de la calle a lo largo lucía.

Dí un salto bruscamente, asustada y confusa, pues un dolor punzante se clavó en mi rodilla.

Y... luego me detuve, para mirar, acaso, la magnitud del áspid que me había mordido.

Y palpando mi carne sedosa y sonrosada, no encontré ningún daño, observando serena, cómo una imaginaria serpiente venenosa causó tanto dolor en mi epidermis blanda.

Brotó entonces de mis labios una sonrisa amarga que me trajo a la mente esta honda reflexión: Así en el estrecho camino de la vida, ¡cuántas veces el hombre siente agudo dolor, de un áspid traicionero el horrible veneno, que se infiltra y lo quema muy hondo, hasta el corazón!

Pero luego mirando a la luz de la aurora rié irónicamente, pues que la sierpe aquella—lo mismo que la otra—angosta y blanquecina, no era más que una cinta tostada, de papel.

FLOR DE LUNA

San José, Costa Rica. 1917.



En la tierra de Renán

6. El País de Goëlo



Al verla, siempre tan pálida,
y con su sonrisa doliente,
todos la llamaban la chiquilla
«Lilas Blanc ,
ramito de lilas blanc».

* * *

El bretón es el idioma maternal de este país, desde hace quince siglos, el que los niños maman con la leche de su madre, y el que hablan hasta los seis años, en que entran a la escuela y aprenden allí el francés. En las ciudades de Bretaña se habla francés y bretón, pero en las aldeas, y sobre todo en los campos, los rústicos sólo hablan el idioma del país, y casi todos ignoran por completo el francés. De suerte que cuando andando por los campos del *País de Goëlo* o *Baja Bretaña,* dirijo la palabra a algún aldeano que encuentro en las veredas, siempre me contestan: *pas galic,* que no hablan francés.

Los campos de Bretaña! Hay que verlos, hay que pasear a pie por estas sendas, y en este magnífico tiempo estival, que era el que prefería Renán, para poder sentir su encanto. Por doquiera los prados están cubiertos de margaritas, pensamientos, narcisos, jacintos y anémonas. En las zanjas y cercas de piedra de los caminos abundan las violetas, las fresas, las frambuesas y las moras.

En algunas granjas *(manoirs* las llaman), se dan hermosísimos los mirtos y los laureles-rosas, pero lo que más se ve por todas partes son huertas de peros y manzanos, con más peras y manzanas que hojas, desgajadas las ramas de frutas maduras.

Los cantos populares bretones y las oraciones a sus santos los cantan y los rezan en bretón. El folklore de este país es de los más ricos que pueda tener pueblo alguno, comenzando porque sus santos no están en los calendarios cristianos. Bellísimas joyas de ese folklore pueden apreciarse en *Renán en Bretagne,* de Th. Jauvrais y en *L'ame Brétonne* de Mr. Charles Le Goffic, amigo de Renán, y no obstante, católico combativo que hoy actúa en todas partes al lado de Monseñor Baudrillart, y es el mismo que en 1886 llevó a Barrés a Rosmapamón, pretexto de su irreverente panfleto contra Renán, con quien no habló sinó diez minutos, y que le iba costando caro al creador del mito de Toledo, a la que (entre paréntesis) no le hallé el secreto, a pesar de Barrés.

Imprevisivamente no tengo aquí el libro de le Goffic, pero para dar una idea de los cantos bretones basta éste que he oído cantar y me han dado traducido al francés:

Lilas Blanc

Ella creció como una florecilla
en el fondo de un pobre *boung,*
y en una triste chocita
sin sol y casi sin luz.

Hay que recordar que este es el país de las leyendas y de las *Novelas de la Tabla Redonda;* la tierra de Merlín, «el encantador» y de Viviana; de *Lancelot du Lac,* del Santo Graal, de Guavin, de Artus, de la Dama del Lago, y también de Tristán e Isolda. De ahí que emane de todas las cosas, y obre sobre las almas, un encanto inefable, compuesto del pasado maravilloso, del ambiente místico, de la ambigüedad de una tierra que es sirena y hada a la vez, en la que, al ruido de las ramas de los árboles por las tardes, se mezcla el rumor lejano de un mar de esmeralda, *que se ve de todas partes,* sobre el cual parecen tranquilamente pacer innumerables rebaños de blancos corderitos. *Plinio llamó la Bretaña: «Península espectadora del océano».*

Recuérdese también que es el país que tiene esta divisa, conservada incólume:

Potius mori quam faedari,

primero la muerte que el deshonor, y tan incólume que no hay aldehuela, en todo lo que he recorrido, que no tenga un monumentó a los muchachos bretones, hijos de esa aldea, que murieron por la patria, en la última gran guerra. Aquí no se registró batallón que corriera, como el marsellés al principiar la lucha, y que fué fusilado en seguida, con coronel y todo, y al contrario, cuando se necesitó cerrar el paso en Verdum con un río de sangre, se mandaron bretones!

No se olvide que esta es: «*La terre de granit recouvert de chenes*», donde «nada cambia, fuera de las ondas que cambian siempre», y donde nació aquel de quien se ha dicho en estos días que «Su nombre amanece y se pone en la literatura como el Sol sobre el mundo». La tierra de los antiguos bardos, y también de Abelardo, de René y Renán, de Lamennais, Brizeux, Corbiere, Anatole Le Braz, Narciso Quellien, «el último creador de mitos».

La tierra también de Loti, el genial autor del *Pescador de Islandia,* con sus Yan, Silvestre, Gand y la abuela Moan, todos tipos de este pueblo sediento de la *Psyche* eterna, enfermo de infinito, una enfermedad, decía Renán, de la cual han sabido hacer el encanto.

Entre el mar y la tierra se extienden las campiñas que son las fronteras indecisas de los dos elementos. Allí la alondra de los campos vuela con la alondra de los mares, como el arado y la barca, a poca distancia, surcan la tierra y las aguas. Cuentan los viajeros que en la isla de Ceos, del divino archipiélago, se ve un bajo relieve antiguo que representa a las Nereidas colocando festones a los pies de Ceres. Ese grupo escultórico podría ser la imagen simbólica de la Bretaña.

Aquí me siento vivir en pleno sueño, en una atmósfera mitológica. Cerca de Tréguier se alzaba una antigua iglesita, de cuya puerta se divisaba el mar. Un rayo la destruyó, pero quedó en pie la torre con sus campanas. Es un lugar bellísimo. La torrecilla se levanta en medio de la campiña, cubierta de musgo, y por una escalera interior de piedra pude subir hasta la cruz y divisar todo el valle de Trégor y el mar lejano. A esa torre, que existe hoy tal como la vió Renán, y cuyas campanas van a Roma el jueves santo, lo mismo que antes, es a la que él se refiere en este pasaje de sus *Souvenirs d'enfance:*

«...En esa iglesita pasaban cosas maravillosas. El jueves santo nos llevaban a los niños para ver ir a las campanas á Roma. Nos vendaban los ojos, y entonces era lindo ver todas las campanitas, por orden de tamaño, de la más grande a la más pequeña, vestidas con su bello traje bordado y con encajes, que les habían puesto el día de su bautismo, pasar por el aire, repicando alegremente, y hacerse bendecir por el papa».

No muy lejos de este *Puerto Blanco,* donde escribo, se ven también, entre peñascos escarpados y abismos espumantes, algunos despojos de la famosa *Ker-Is.* La otra tarde, aprovechando el magnífico tiempo, fuí, primero por un camino entre rocas, y luego en un bote de pescadores de *Sentil,* a visitar la aldea y capilla de San Gwenolé, fundador de la abadía de Landévenec y amigo del rey Grallón, el soberano de *Ker-Is, (Guéris),* la antigua *Ciudad de Is,* tragada por los mares. Los dos lobos marinos que me conducían me dijeron que el ruido del viento, escuchado en esas soledades, daba una sensación de lejanía extraordinaria.

Aquella tarde no soplaba casi ni brisa, y, no obstante la imponente se-

renidad del mar, en vano busqué, con avidez, sobre las ondas tranquilas, las veletas de los templos de Is, pero, en cambio, oí los clamores de sus campanas melancólicas, los mismos que Renán, en su vejez, escuchaba como voces de una lejana Atlántida perdida...

CORNELIO HISPANO

Port, Blanc., 30 de setiembre de 1924.

Fragmento
del tomito "Ensayo sobre el Destino"
Un concepto interesante de la projimidad

PERO no es fuerza acudir a la historia ni a la poesía para encontrar comprobaciones de nuestra tesis: en su propia vida, o en la vida de las gentes que le rodean, hallará cada uno ejemplos para convencerse de que la fatalidad, el Destino, no anda fuera de nosotros sino en nosotros; que lo lleva cada uno consigo, y que, como aquella túnica de Neso, que abrasaba con su fuego invisible, no podemos arrancarle de nosotros sin que se nos lleve la carne a pedazos. En uno, con uno, incorporado en uno, va el ojo exacto del Destino: ciego o inatento a la ventura que *que no nos corresponde;* abierto y acucioso para asir el instante, el modo y el suceso que han de procurarnos la expiación. ¡Son tántos los ejemplos!... Este, tronchó su porvenir, *por nada,* por una frase dura que le dijo su padre, y le impulsó a irse del hogar. Aquel, se unió a la mujer qne le hizo desgraciado, *en una hora de aturdimiento,* sin amarla, en verdad. El otro, abandonó la posición que había alcanzado, por la *rara ocurrencia* de que era en su país y no en otra parte donde él había de triunfar. Uno rompió con el amigo querido, por una disputa impertinente sobre cosas que, en verdad, *eran de poca monta.* Otro dejó a la elegida de su corazón, ya cuando iban a unirse, porque se negó ella a darle gusto *en no sé qué nimiedad* de atavío y de colores. Un tercero, *en una hora de orgía* con amigos, fué al lenocinio donde le enfermaron para siempre. Otro más, fué asaltado y robado, por confiarse a quien todos—*todos menos él*—sabían indigno de confianza. Y un último, en fin, *por amor de la paz,* se dejó dominar y oprimir, y llevó una existencia colmada de amarguras.

Todos, *por nada,* por cosas triviales y sencillas, (claramente lo vieron más tarde) por un guijarro que estaba en el camino.

Un miserable obstáculo, una pequeña piedra en el camino. Pero no; antes que ellos, y después de ellos, diez, cien, mil viajantes transitaron aquel camino, y no tropezaron en la piedra: unos, pasaron apartándose; otros, saltaron por encima; otros, la echaron a un lado con el pie; otros la recogieron, y se sirvieron de ella para desprender la fruta del árbol, o para espantar al animal bravío que les amenazaba.

¿Quiénes tropezaron? Los débiles, los ciegos, los inadvertidos, los alocados, los impetuosos, los vacilantes, *aquellos que debían tropezar,* aquellos que llevaban en su contextura cerebral y anímica el germen de aquel tropezón: *la ceguera mental nativa, que al encontrarse con el obstáculo, con la piedrecita ocasional, ha de originar un error, exactamente como el cartucho de dinamita al chocar con el suelo, habrá de originar una explosion.*

* *

Nuestros semejantes, padres, hermanos, hijos, parientes, convecinos y compatriotas, cuantos entretejen la malla de su vivir con la nuestra, y de quienes recibimos sinsabores y amarguras, traiciones y desengaños, ruina y esclavitud, no son sino piedras ocasionales en la senda de nuestra peregrinación; circunstancias y eventualidades, contra las cuales el Destino nos llevará a estrellarnos, *no ciega y arbitrariamente* y por complacerse en nuestro daño, sino *justiciera y necesariamente;* puesto que el explosivo, la causa, va en nosotros, es creación de nosotros; y en un camino donde hay piedras, rocas, muros, hondonadas y otros mil obstáculos, es imposible que no choque y no estalle contra alguno de ellos, *aquel que anda ciego* y lleva consigo un explosivo. En cambio, el que va libre de ceguera y de explosivos, *no tropezará ni estallará,* y si tropieza, nunca será de modo que se arruine o perezca. Su choque será un contratiempo, una molestia, nunca una catástrofe.

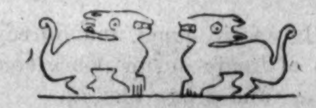
¿A qué, entonces, el rencor implacable contra nuestros prójimos, porque en ellos tropezamos y caímos, si no son, al cabo, más que *instrumentos* del Destino, escollos que la Justicia utiliza para nuestro castigo? ¿Por qué, en vez de «no perdonaré nunca a ese infame» no decir: «le perdonaré, porque no supo lo que hacía?» Y aun mejor, «le doy gracias, porque él abrió salida al mal que estaba en mí, dando ocasión a que yo me purificara por el sufrimiento?» Tal como no execramos al cirujano que nos desgarra las carnes, para extraer el tumor que nos envenena y nos mata...

¿Que sería extremada virtud sentir y obrar de esa manera? Sin duda, y como tal, *como suma de perfección,* la enseñó quien nos dijo: amad a vuestros enemigos, y rogad por los que os persiguen y oprimen.

Y verdaderamente, sería grande y justificada piedad compadecer más a quienes más dolores nos causan, pues la malla que une y entrelaza los destinos individuales es tan complicada y sutil y enmarañada, que no hay manera de tocar uno solo de sus hilos sin que se conmueva y agite la urdimbre toda. Aquél mismo que, martirizándome, fué instrumento de mi castigo, simple cuña en el potro de mi tormento, o hierro candente para cauterizar mi llaga, como no lo hizo movido de amor sino de odio; no por curarme, sino por ofenderme; no pensando en ser ejecutor de la justicia, sino en servicio de sus negras pasiones; aquél mismo, en cada ofensa que me infiere, en cada grito que me arranca, *está siendo víctima de su propio Destino:* el virus que inficiona su ser, adquirido en vidas anteriores por causa de sus iras y malicias, *está obrando en él,* dando sus naturales frutos: *iras y malicias.* Y lo peor, lo más trágico para él, es que, ejercitando en mí su odio y su malicia, no sólo no se está curando de ellos, sino que *los está aumentando y acrisolando:* es decir, está sembrando ya desde ahora, de abrojos y de lágrimas, el camino de su vida futura, y aun el de esta su existencia presente, de tal guisa, que si yo fuera capaz de videncia y ecuanimidad, habría de compadecerle más cuanto más daño me hiciese; puesto que *yo sé, yo veo,* cómo en ese mismo instante en que me ofende, se forma y condensa sobre su cabeza la tempestad de sus venideras desventuras.

Escándalos ha de haber por fuerza en el mundo, dice Jesús, y es necesario que los haya. Pero ¡ay de aquel que cometa el escándalo!

ALBERTO MASFERRER



Cuatro canciones

Para Repertorio Americano



La canción del amor que al fin no fué

Qué parsimonioso
pavo-real
el recuerdo
del amor aquel!...

Silencioso por no ser feo,
se expone a los ojos míos
exponiéndome sus ojos
hacía adelante
con un afán estéril de presente,
y ávido de ser todo bello
no despliega la cola
si lo miro por detrás...

Amor reído, amor vencido,
qué bello eres, pavo-real!

Cuando duermes,
ave de bronce,
ave de purpurinas,
ave condecorada,
ave real,
eres apenas un ovillo de plumas
en la soledad;
una madeja de tibieza
en el frío corral
... y nada más;
y cuando de día
nadie te ve,
eres también, ave de bronce,
ave de purpuradas decoraciones,
ave de aristocrático pasear,
eres también como eres
cuando duermes:
un ovillo de plumas
en la soledad,
una madeja de tibieza
en el corral
... y nada más.

Oh, recuerdo, recuerdo
del amor aquel!
Qué bello eres,
pavo-real!

Bástate que te mire
para que te muestres;
al contacto de mis ojos
despliegas el papiro purpurino
de tu lentejuelada cola;
me despliegas tus cien
tentaciones,
me lanzas tus cien miradas,
y al sol paseas,
tornasolando,
tu plumaje metálico,
ave rara,
ave de purpurinas,
ave real...

Ay, qué bello eres,
pavo-real!
Ay, qué bello el recuerdo
del amor aquel!
Cómo se agranda tu tamaño
cuando te miro,
pavo-real!

La canción del sueño

(ilaciones)

*

Sueño roto de pronto.
El tren.
(Es turbio el rocío en la vidriera
como los ojos, al despertar;
la estrella de plata
contrasta en su alegría
con el silencio profundo
de los que duermen;
la frialdad clarísima del cielo
se adivina
desde el tibio lecho,
y es casi el mismo instinto
lo que reconstruye en lo más
hondo
de mi semi-letargo,
la ilación de un sueño
roto de pronto...)

Y el tren?

—Un cuchicheo
de hierros lejanos,
un rodaje que se pierde
tiritando de frío
sobre el verde oscuro húmedo
del campo...
una puerta que abre
de nuevo el horizonte...
una puerta que abre de nuevo
la escena de mi sueño
roto de pronto...

La canción de los cinco sueños

Y ví que tristes hados
lo invadían todo...
que todo lloraba
como bosque de sauces,
como fuente raquítica,
como árboles húmedos,
en una apología de lágrimas
sobre la faz única del mundo...

Y dije:
—Lucharé, lucharé,
lucharé siempre, siempre,
siempre.
Todo se alegrará:
es posible en el orbe la alegría...

Así dije y quedé:
mudo, sobre el abismo,
mudo de reirme solo...

*

Otro fué otro sueño:
Quedé entonces solo sobre el
abismo,
goteando en el vacío
un dolor más hondo:
el dolor inmenso de las alegrías
puras...

*

Y otro fué otro sueño:
Reí donde reían,
lloré donde lloraban,
y sentí con ello desdoblarse mi
espíritu,
en un relajamiento supremo de
mi cuerpo;
fuí tan sólo un imbécil.

*

Y otro fué otro sueño:
Ni lloré con el llanto,
ni reí con la risa,
ni palpité en los aires
como las palmeras:
indiferente, solo,
conmigo reía,
conmigo lloraba,
y encontré que en mi espíritu
hubo sólo un reflejo
del mundo...

*

Y en otro sueño dije:
—Hay soledad más sola?
Estoy desesperado.
Son problemas éstos
que no lo son:
que yo mismo he planteado,
que yo mismo resuelvo.

La canción del crepúsculo

Me he quedado absorto
viendo el atardecer;
hasta el celaje llora de dolor
cuando se va a poner
el sol.

*

De un solo salto imaginé
subir a la montaña;
a despedir, como ella,
al sol;
con la majestuosa indiferencia
del que sabe por los siglos
que volverá.

Luego salté a la estrella
que brilla al atardecer;
para brillar como ella de alegría
de saber
que nunca el sol
deja de brillar
en la inmensidad.

Y he seguido absorto
sobre la terraza,
entre la penumbra,
viendo el atardecer;
el celaje seguía llorando de dolor
porque se iba a poner
el sol.

Pero el fuego de la nube
me quemó;
con el celaje
lloré;
preferí la nube sensitiva
a la montaña sabia,
a la estrella cósmica,
y he seguido absorto
... viendo cómo
se deshizo de dolor mi nube,
se enlutó el celaje,
llovió sombra del cielo
... viendo cómo
la montaña sabia
se ensimismó en su mole,
se confundió en la sombra
... viendo cómo
en el celeste de la noche
brilló con más ardor la estrella
... viendo cómo
la nube de mi dolor
se perdió en la sombra poco a
poco,
poco a poco y para siempre,
como aroma,
como polvo,
como nada,
y se esfumó en las sombras
para siempre.

Rafael Estrada

San José, de Costa Rica. 1926.



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Reflexiones para los maestros

Ha concluído el año escolar, y el maestro, solo en el aula desierta, no tiene más oyente ni otro interlocutor que su propia conciencia. ¿Debe ser el año entrante como el que terminó? ¿Durante él les dió a sus discípulos cuanto tenían derecho a esperar de él? ¿Fué para ellos toda su mente, para ellos fué todo su corazón? ¡Quién sabe! Yo no creo que nuestro profesorado, puestas aparte muy conocidas excepciones, considere a sus alumnos como la única familia, como la única preocupación, como la única finalidad de su vida. Quisiera aceptar, pero no puedo, la idea consoladora de que una dulce, una inquieta y magnánima paternidad del espíritu domina a cada uno de los maestros, que desde lo alto de su cátedra han de mirar a los niños con ojos iluminados por la comprensión y por la piedad, y por la sed de verlos triunfantes. ¿Es que por ventura no merece y no inspira tales sentimientos, esa multitud gorjeante y bulliciosa de pequeños seres que van a la escuela en busca de armas para librar la lucha del mañana? Principalmente si se trata de los párvulos que reciben gratuitamente la educación del estado, quienes sufren mil dolores, mil privaciones para asistir a la escuela, toda la ternura y todo el esmero, toda la delicadeza, toda la atención que se gasten con ellos siempre serán escasos. Con sus ropas rotas, con los pies descalzos, alimentados con notoria deficiencia, cada despertar suyo en los días de estudio, es una amenaza y una pena. Recuerdan que por su traje, por sus útiles de trabajo, serán víctimas de las burlas de compañeros menos pobres y quizá del desvío de imprudentes maestros. Y van a la escuela como a un sitio de tortura, enjugándose las lágrimas, temerosos de no hallar a la vuelta los míseros juguetes con que se divertían en casa.

¿Y qué es lo que aprenden? Unos signos de contenido arbitrario, unas palabras enigmáticas, unas frases que hay obligación de meter en la memoria por miedo al castigo, pero sin curiosidad, sin amor, sin entusiasmo. Vagamente adivinan los niños que cuanto se les enseña será útil para los ricos, que podrán pasarse la vida sin trabajar, leyendo libros. Pero a ellos nunca les habla la escuela de los objetos que conocen y están a su alcance; ni de las herramientas, ni de las bestias, ni de la tierra, ni del agua, de ninguno de los elementos que forman el ambiente de su propio hogar y con los cuales, cuando sean grandes, habrán de entenderse. Tal parece como si el profesor considerase viles y vergonzosos aquellos objetos, propios de mendigos, de gente despreciable, y se empeñan por eso en hablar solamente de reyes, de generales, de santos, de flores y maravillas deslumbradoras. El niño—crimen monstruoso de nuestra escuela primaria—detesta el libro. Se convence de que él nada tiene que buscar allí, porque las nociones para las gentes humildes no se imprimen. Yo aseguro que el noventa y nueve y medio por ciento de nuestras escuelas no ha informado a los muchachos pobres, que semidesnudos y sin desayunar, bajan en la madrugada de los páramos, de las remotas veredas, de que existen manuales de agricultura, libritos que dan nociones sobre el frío y el calor, sobre el animal, sobre la planta. La curiosidad, lista a despertar en el cerebro infantil, es muerta por la educación. Desde el día feliz para ellos en que abandonan la escuela, jamás vuelven a tocar ni a mirar un papel. ¿Para qué? Harto tienen sabido con la historia del pez que devoró a Jonás, y otros conocimientos semejantes.

Yo no sé si a los maestros les corresponde sentir remordimiento o llorar sobre la suerte que las instituciones y las autoridades han trazado para ellos y para sus discípulos. En todo caso, imagino que verán con penetrante melancolía, con la muerte en el alma, el desfile de los niños que se dispersan, concluídas las tareas, más débiles, más flacos que ayer, con la sangre empobrecida por el aire viciado, y sin nada que les haga por ningún aspecto la vida más fácil o más alegre. Esa bandada de infelices campesinitos, entre los cuales el maestro no pudo adivinar una sola vocación, un solo espíritu investigador, una sola capacidad excepcional, regresa a su risco, a su valle, a llevar la misma existencia de ayer, la que arrastraron sus padres y sus abuelos, que agotados por la brega excesiva, embrutecidos y debilitados por el alcohol, amanecieron muertos una mañana sobre la tierra húmeda del rancho, como implorando al cielo con los ojos abiertos por los anchos agujeros del techo pajizo. Así, endureciéndo, desdeñando esta arcilla generosa, entendemos edificar el porvenir del país. Así formamos las nuevas generaciones populares, a las que hemos de pedirles solidaridad en la lucha y en el sacrificio en las horas críticas de la patria. Cuando oigo decir que la mayoría de los maestros aldeanos son pobres de espíritu, me revelo contra esa teoría. Se necesita tener cabeza firme y criterio de escéptico, para no enloquecer bajo el asalto de tántas y de tan trágicas responsabilidades. ¿No es el maestro burócrata el peor de los delincuentes?

MAITRE RENARD

(Diario Nacional, Bogotá).

Sobre la nueva educación

Heredia, febrero de 1926.

Juzgo que es oportuno, estimado señor García, dar a conocer la declaración de principios de *The Progressive Education Association,* fundada en Washington, en 1919, por un grupo de personas interesadas en las actuales reformas educacionales, y con el propósito cardinal de apoyar y difundir esas reformas.

Es Presidente Honorario de tal asociación, un educador eminente, el doctor Charles W. Eliot. Las varias comisiones que dirigen el trabajo están integradas por hombres de notorio prestigio. Es digno de ser especialmente mencionado, a ese propósito, el hecho de estar representada la sociedad en Inglaterra por H. G. Wells.

Por lo demás, la sociedad celebra importantes convenciones anuales, hace frecuentes publicaciones y tiene como principal órgano de expresión una revista excelente: *Progressive Education.*

En este momento la sociedad busca relaciones en los países hispanoamericanos, pues aspira a desarrollar un plan de significación internacional, y sería quizás conveniente que los preocupados por la difusión de una escuela nueva, buscaran, a su vez, el acercamiento a esa sociedad que es, sin duda, una de las fuentes de renovación.

Los trabajadores de ese grupo inspiran confianza cordial. Un Salas Marchán, un Ernesto Nelson, por ejemplo, encontrarían una más amplia comprensión de sus ideales por parte de aquellos trabajadores, que en el ánimo reaccionario de muchos hispanoamericanos.

No diría lo mismo, por cierto, si hubiera de referirme a otros de los grupos estadounidenses que trabajan dentro de esta órbita de actividades. Hay grupos que no atraen, que no despiertan simpatías, a causa de su afán, patriótico sin duda, de secundar las manifestaciones políticas del dogma imperialista que en nuestros países infunde desconfianzas y temores.

Puede ser esta una ocasión de atreverme a declarar, señor García Monge, sin la menor pretensión de que mi criterio promueva resonancias, que en cuanto a hispanoamericanismo, fácilmente dan la impresión los que suelen agitar el movimiento, de querer fundarlo en odios. Los maes-

tros de escuela no podemos transitar esa ruta. Me satisface a ese respecto la fórmula, tosca si se quiere, de preferir un idealista *yankee*, a un filibustero costarricense. En el filibusterismo,—una de tantas etiquetas para un estado de conciencia inferior,—están concentrados los peligros. Todos los peligros, en verdad: traiciones, dictaduras, etc.

Eso, sobre todo, me hacía grata la tarea de Elmore: no revelaba odios. Y lo recuerdo, porque así completo una idea. Entre un notable político *yankee* de los que usan látigo para nuestra América y el noble, el sencillo Elmore, prefiero a éste. Pero entre Chocano y Emerson, prefiero a Emerson.

Los maestros no podemos ignorar que los Estados Unidos están constituyendo en sus escuelas un vastísimo laboratorio, multiforme, poderoso en medios, del cual saldrán las normas de la nueva educación más accesibles al progreso de la de nuestros países.

No es menos nuestro ni menos grande Sarmiento porque sintiera la seducción de la obra de Mann. Ni se trata de hacer en Costa Rica o en Bolivia, escuelas y colegios para cumplir objetivos y satisfacer necesidades de los norteamericanos, sino, simplemente, de aprovechar la lección de los Estados Unidos. Entiendo, y lamentaría afirmar un error, que así lo pensaba Vasconcelos cuando concebía su gran obra mejicana.

Don Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, a quien seguramente no recordaríamos sin el nexo de tal circunstancia, hubiera podido ser en el medio estadounidense, un precursor de Kerschensteiner, del propio Dewey, o de Jan Lighart. Merece la mayor atención desde ese punto de vista la obra de don Simón Rodríguez.

Le incluyo la aludida declaración de principios, y lo saluda afectuosamente,

OMAR DENGO

Declaración de principios

I.—*Libertad para desarrollarse naturalmente.*

La conducta del alumno debe ser gobernada por él mismo de acuerdo con las necesidades de su comunidad, más que por leyes arbitrarias. Debe dársele plena oportunidad de iniciativa y auto-expresión, así como un ambiente rico en material lleno de interés, que esté al alcance del uso libre por parte de cada alumno.

II.—*Interés, el motivo de todo trabajo.*

El interés debe ser satisfecho y desarrollado por medio de: 1) Contacto directo e indirecto con el mundo y sus actividades y uso de la experiencia así adquirida. 2) Aplicación de los conocimientos obtenidos y correlación entre diferentes asignaturas. 3) Despertar en el alumno la conciencia de sus realizaciones.

III.—*Los maestros como guías.*

Es necesario que los maestros crean en los principios de esta educación y que dispongan de amplitud para el desarrollo de su iniciativa y originalidad.

Los maestros progresistas estimularán el uso de todos los sentidos, procurando ejercitar a los alumnos en la observación y en el juicio; y en vez de dedicar todo su tiempo a oir la repetición de lecciones, aprovecharán la mayor parte para enseñar a los alumnos a usar las varias fuentes de información, las actividades de la vida tanto como los libros; y para enseñarles cómo razonar acerca de la información adquirida, y cómo expresar definida y lógicamente las conclusiones alcanzadas.

Las condiciones docentes ideales, requieren que las clases sean poco numerosas, de preferencia en los años escolares elementales.

IV.—*Estudio científico del desarrollo del alumno.*

Los registros escolares no deben ser limitados a las calificaciones de los maestros para indicar el progreso de los alumnos en sus estudios de asignaturas, sino que deben abarcar informes subjetivos y objetivos sobre aquellas características físicas, mentales, morales y sociales que afectan la vida escolar y la del adulto y que pueden recibir la influencia de la escuela y del hogar. Tales registros se usarán como guías para el tratamiento de cada alumno y deben servir también para enfocar la atención del maestro en el trabajo primordial de desenvolvimiento, antes que en la simple enseñanza de asignaturas.

V.—*Mayor atención a lo que afecta el desarrollo físico infantil.*

Una de las primeras consideraciones de esta educación, se refiere a la salud del alumno. Más espacio para que se mueva, mejor luz y mejor aire, edificios limpios y bien ventilados, fácil acceso al campo abierto, y mayor uso de éste, todo eso es necesario. Uso frecuente de adecuados campos de juego. Los maestros deben observar de cerca las condiciones físicas de cada alumno y en asocio del hogar, convertir la salud en el primer objetivo de la infancia.

VI.—*Cooperación entre la escuela y el hogar para satisfacer las necesidades de la vida infantil.*

La escuela debe suministrar, con el hogar, tanto como pueda, de todo lo que los naturales intereses y actividades del niño demandan. Esas condiciones sólo pueden provenir de una cooperación inteligente de padres y maestros.

VII.—*La escuela progresista es un* leader *en movimientos educacionales.*

La escuela debe ser un *leader*. Debe ser un laboratorio en el cual las ideas nuevas, si lo merecen, encuentren apoyo; donde no domine solamente la tradición, sino que se conserve lo mejor del pasado a la par de los descubrimientos actuales, y el resultado sea libremente agregado al acopio común de conocimientos educacionales.

LISTA DE LIBROS de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Almafuerte: El Misionero.................... ₡ 0.50
Argüello, Santiago: El alma dolorida de la Patria.................................... 3.00
Bernal, Emilia: Como los pájaros............ 1.50
Arturo, Borja: La flauta de onix............ 2.00
Brenes Mesén, Roberto: Pastorales y Jacintos 0.50
Luis, Cané: Mal estudiante................. 4.00
Evaristo, Carriego: Poesías................ 3.00
Gamboa, Isaías: Flores de Otoño............ 2.25
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa)............................. 1.50
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas... 1.50
Hernández, José: Martín Fierro............. 1.25
Ibarbourou, Juana de: El cántaro fresco..... 1.50
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas 1.25
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa) 1.25
Magallanes Moure, Ml: Florilegio............ 2.00
Martí, José: Versos......................... 1.00
Méndez, Evar: El Jardín secreto............. 4.00
Méndez Calzada, Enrique: Nuevas devociones Líricas..................................... 4.00
Nalé Roxlo, Conrado: El grillo 4.00
Olivares, José: Poesías..................... 1.00
José, Pedroni: Gracia plena.................. 4.00
Rega Molina, Horacio: ¡La víspera del buen amor.. 4.00
Storni, Alfonsina:............................ 4.00
Torres Bodet, Jaime: Biombo:................. 3.00
Torres Rioseco, Arturo: En el encantamiento 1.25
Ureta, Alberto: Florilegio................... 0.75
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa)................................ 0.75
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta.... 3.00

Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfín de Corubicí..... 2.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor.... 1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura... 1.25
Guzmán Saavedra, G.: Los provincianos..... 4.00
Icaza, Xavier: Gente mexicana................ 3.00
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal.. 0.50
Lugones, Leopoldo: Filosofícula.............. 4.00
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses)............................ 2.50
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine..... 1.50
Quiroga, Horacio: El desierto................ 4.00
Historia de un amor turbio 4.00
Cuentos de amor, de locura y de muerte..................... 4.00
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas.............................. 1.50
Tovar, Rómulo: De variado sentir............ 0.50
En el taller del platero...... 0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa....... 1.25
Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño. 0.75
Velazquez, Samuel: Madre.................... 1.25

Artículos y ensayos

Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad...................................... 0.50
Las categorías literarias.............. 1.00
Capdevila, Arturo: Los paraísos prometidos. 4.00
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica....................... 3.00
Chacón y Calvo, J. M.ª: Ensayos sentimentales.. 1.50
Darío, Rubén: Rubén Darío en Costa Rica. (Segunda serie)............................ 1.25
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos...... 1.00
Escobar, José Ignacio: Escritos.............. 0.50
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático..... 0.75
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago........ 0.50
Lugones, Leopoldo: La organización de la paz... 2.00
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica 0.50
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas 1.50
Ensayos sobre el Destino 1.50
Martí, José: La Edad de Oro (2 vols)........ 4.00
Nin Frías, A.: Páginas Escogidas............ 2.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón........................ 0.75
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos...... 0.50
Torres Rioseco, A.: Walt Whitmann.......... 1.50
Torri, Julio: Ensayos y Fantasías............ 0.50
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía. 0.50
Varona, E. J.: Lecturas...................... 0.50
Con el eslabón (2 cuadernos).. 1.00

Vasconcelos, José: Artículos................. 0.50
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones............ 0.50

Oratoria

Aramburo y Machado, Mariano: Discursos... 0.50
Bolívar, Simón: Discurso en el Congreso de Angostura.................................. 1.50
Díaz Rodríguez, Manuel: Cuatro sermones líricos.................................... 0.50

Viajes

Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño.... 0.50

Biografía

Hispano, Cornelio: Bolívar.................. 1.00
Lugones, Leopoldo: Elogio de Leonardo..... 1.00
Picado T., Cl.: Pasteur y Metchnicoff....... 1.25
Sarmiento: Facundo.......................... 1.50
Varona, E. J.: Emerson..................... 0.50

Historia

Lufriú, René: Ensayos de divulgación histórica...................................... 3.00

Miscelanea

Barbagelata, Hugo de: Una centuria literaria (Poetas y prosistas uruguayos. 1800 1900)....................................... 7.00

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ₡ 4.00 igual a $ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

La Obra definitiva de Juan Ramón Jiménez

El librero español León Sánchez Cuesta (Apartado 341, Madrid) ha empezado a publicar—1925—en cuadernos de 12 hojas sueltas, la OBRA definitiva de Juan Ramón Jiménez. Han salido ya 8 cuadernos. La edición es primorosa, impecable. Al decir 12 entregas, se forma un volumen en carpeta. El editor suministra las carpetas del caso. Tenemos encargo de colocar 10 ejemplares de cada uno de los cuadernos publicados. ¿Hay 10 estimadores de la obra exquisita de Juan Ramón Jiménez en este país? ¿Sí? Acudan, pues, a suscribirse. El Adr. del "Repertorio Americano" los espera. Precio del cuaderno: ₡ 0.75.

Tablero

=1926=

En el Libro de Oro

De paso por Buenos Aires, rumbo a Europa, Gabriela Mistral visitó la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres. En el Libro de Oro de esta Institución, dejó estas palabras:

«Alabo la obra del Consejo Nacional de Mujeres en la riqueza de sus aspectos: en la de educar, haciendo democracia; en la de guardar el libro y cederle el más noble espacio; en la de enseñar—por la declamación—la belleza de la palabra humana, y en la de unir a las mujeres mejores de una raza, guardianas verdaderas de su honra».

(*La Prensa*, Buenos Aires).

Los libros de la semana

Del Instituto de Literatura Argentina, Calle Reconquista, 694, Buenos Aires, República Argentina:

La Revolución de Mayo. (Crónica dramática), por Juan B. Alberdi. Buenos Aires, 1925.—*El gigante Amapolas y sus formidables enemigos o sea Fastos dramáticos de una guerra memorable.* Peti-pieza en un acto, por Juan B. Alberdi, Buenos Aires, 1925.—*El teatro de Ernesto Herrera,* por Carmelo M. Bonet, Buenos Aires, 1925. — *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada.* Drama en dos actos y en verso, por Juan Francisco Martínez. Buenos Aires, 1925.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica